

# MEDITACIONES INICIÁTICAS

Constant Chevillon

[www.upasika.com](http://www.upasika.com)

TRADUCIDO DEL FRANCÉS Y DONADA A UPASIKA POR: H. FIDUCIUS  
Esta pequeña obra póstuma, apareció en la "Biblioteca de los Anales Iniciáticos", Lyon, Paul Derain, 1953

- DIOS ES UN ACTO PURO
- DIOS ES AMOR
- DIOS EN LA CONCIENCIA HUMANA
- LA CARIDAD
- LA HUMILDAD
- LA FE, FACULTAD ESPIRITUAL
- LA FE, CONFIANZA EN LA VERACIDAD DE DIOS
- LA ORACIÓN
- PEQUEÑEZ Y GRANDEZA DEL HOMBRE
- LA MISIÓN DEL DOLOR
- PREDESTINADOS
- MORS ET VITA (muerte y vida)
- MAS UN ADEPTO SE ELEVA...
- NE JUDICES (no juzgues)
- MOISÉS, QUITATE TU CALZADO
- TIERRA DE ENTENDIMIENTO
- EVOLUCIÓN DE LA GNOSIS
- EL TIEMPO
- FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

## DIOS ES UN ACTO PURO

Dios es un acto puro eternamente realizado. El hombre es un acto en vía de realización perpetua.

Toda realización estando basada sobre una voluntad, la voluntad divina es así inmutable, en frente de una voluntad humana desarrollada progresivamente al ritmo de la acción. Así, idénticos en su esencia, ellas difieren en sus modalidades. La primera no tiene necesidad de ningún soporte; la segunda, de toda evidencia, debe ser apoyada, y la voluntad divina, en su inmutabilidad, solo puede servirle de sostén. La necesidad de este apoyo debe incitar la voluntad humana a no buscar, ni en ella misma, ni en el mundo exterior accidental y pasajero, un fin particular inadecuado a su devenir incesante. El fin último de una voluntad en evolución es el de modelarse sobre la inmutabilidad y trasponer el flujo temporal en modo de eternidad.

La consecuencia, es que el hombre no debe elegir su objetivo; él debe realizar a Dios en él mismo, él debe hacer, en el espacio y el tiempo, la obra de Dios de la que es, de alguna manera, el sustituto.

Pero si el objetivo está fijado, los medios de realización son resorte de nuestra libertad: "Relinquit mundum disputationibus eorum". O, en este dominio de las realizaciones, si el ardor y la audacia son virtudes, es necesario abrugarlas con un manto de humildad, porque toda actividad humana es una resultante de la actividad divina. Nosotros somos en las manos de Dios instrumentos susceptibles de adaptación y nuestra libertad se expande en el respeto y el desarrollo de la armonía universal.

Si nuestro espíritu puede elevarse a esta concepción y conformarse, la paz descenderá sobre nosotros, la paz que es el goce de estar en la vía correcta. La paz no es así un reposo, una pereza del alma y del cuerpo que nada viene a perturbar, es una lucha, una conquista espiritual, donde la perpetua tensión fuerza a la armonía divina a realizarse en nosotros.

## **DIOS ES AMOR**

Dios es amor. Él mismo es todo amor; todas sus facultades, todas sus prerrogativas, su esencia entera son amor. Así, como hay tres personas en Dios, debe haber tres aspectos del amor. En efecto, este es substancia, distinción y unidad; en estos tres conceptos se encuentran desarrollados toda la metafísica, toda la ciencia y toda la filosofía del amor.

El primer estado es la vida, el desbordamiento de la vida. Se quiere extender el amor, se quiere comunicar con todos los seres, se quiere levantar al mundo o crearlo. Es el amor del Padre que da la sustancia a todos los seres, porque él es la raíz esencial de la vida. La vida burbujea en él, ella desborda de alguna manera y quiere esparcirse por todas partes. El amor del Padre da la vida, es el amor que se da, según la palabra del Apóstol Jaime: "Omne datum perfectum a patre luminum".

Pero este desbordamiento, este inmenso deseo de darse, que todos nosotros hemos sentido en los días de nuestra adolescencia, no puede realizarse sin un objeto adecuado. Es necesario para el amor otro estado, un medio de expresión, y este medio nosotros lo encontramos en el Verbo, segunda hipostasia del divino ternario. Para dar su amor y por consecuencia la vida, es necesario operar una elección, es necesario entre todos los objetos posibles del amor, distinguir uno. O, como la facultad de distinción del Verbo es infinito, esta fase del amor es la más vasta de todas y la más fecunda; los poemas y los libros que ella ha inspirado son numerosos como las estrellas del cielo, ellos son siempre jóvenes y siempre leídos. Esta es, en efecto, la distribución del amor. El Padre ha concebido y creado todo, pero él ha creado por su Verbo. Y el Verbo se ha deleitado en la creación porque él es el distribuidor del amor. Esta es la razón por la cual, bajo la pluma de Salomón, la Sabiduría, que es el Logos eterno, exclama: "Deliciae meae esse cum filiis hominum". El Verbo, mismo, va más lejos; cuando el hombre hubo pecado y roto toda relación de amor con el creador, el Hijo, que es el Verbo encarnado, tendió la mano al

pecador para darle una prueba desconocida de su amor. Jesús amará a sus apóstoles y sus discípulos, él amará a la Samaritana y a la pecadora de Magdala, él amará a Juan y Lázaro con un amor predilecto. Él muere sobre la cruz del Gólgota para dar a todos la posibilidad de volver a ser los hijos del Padre. No hay fibra humana y facultad espiritual que permanezca insensible en la difusión del amor.

Esto no es todo. Crear la vida y el amor, distribuirlos, no constituye un fin, estas son etapas hacia una realización más alta. Para el amor es necesario un objetivo y este objetivo es la unificación del Ser y de los seres. Esta es la tercera y última etapa, consagrada al seno de la esencia divina por el Espíritu Santo. El amor unifica, porque él crea la familia, la nación y la comunidad humana. Bien mas, más allá de la muerte, él va hacia aquellos que no están mas, a aquellos que han amado, han florecido y sufrido en el amor, esta es la Iglesia universal, la Comunión de los santos. Sobre este hecho, el amor agota sus modalidades pero no su potencia, él se desarrolla a través de la infinitud de formas y de seres, y no puede fijarse un límite. Así el hombre que no puede saber todo, ni comprender todo, sin dejar sin embargo de perseguir la actualización total de la ciencia, el hombre puede y debe, en su consciencia limitada, alcanzar la totalidad del amor, la Caridad universal. Amar todo, tal es la ley suprema del amor. Esta es la razón por la cual Pablo dijo a los Efesios (III, 14 a 19): “Yo ruego porque... enraizados y fundados en el amor, ustedes puedan comprender cual es la longitud, el ancho, la altura y la profundidad”.

El amor en su primera fase es una energía impetuosa, un desbordamiento de vida sin especificación, la tendencia a exteriorizarse y abrasarlo todo. En su segunda etapa, él se presenta a nosotros como una distinción y una elección, como una lucha que contiene dos alternativas de triunfo y de decepción. En su apogeo, es la paz y la serenidad en la unión y en la fuerza.

Sondea la esencia divina y encontrarás el amor, uno y tres como Dios mismo; sondea al hombre y tú lo encontrarás todavía bajo la cubierta fenomenal de la naturaleza contingente. Dios es todo amor y el hombre creado a su imagen es el reflejo de este amor.

Ahora, transporta todo aquello en modo sensible y tú tendrás todo el goce humano; aplícalo al plano divino y tú tendrás toda la gloria de la Beatitud eterna.

## **DIOS EN LA CONSCIENCIA HUMANA**

Dios es infinito, absoluto, inefable. Él es perfectamente ininteligible, en su esencia suprema, para todo ser creado, aunque este ser halla llegado a la más alta cima de la espiritualidad. Los hombres todavía pueden elevarse hacia los confines de la esfera divina, gracias a la fe, sostenida por la esperanza y el amor. Ellos se encogen por la inteligencia y consolidan su posición de creyente por la voluntad, Pero, si la voluntad, en su debilidad, no conoce límites para su amor, la razón y el intelecto son impotentes para comprender las cosas y los seres en su individualidad ella misma, impotentes para traspasar la relatividad de las relaciones engendradas por la ciencia. Ellos no pueden sentarse en las

nociones definitivas y NE VARIETUR; el conocimiento, como su instrumento, es un devenir. Nosotros no podremos entonces jamás conocer a Dios, el acto puro, sino por sus cualidades y atributos, considerados a la manera humana. En otros términos, nosotros no comprendemos a Dios, sino la divinidad; y aquí, uno de los más grandes místicos del siglo XIII nos lo dice sin ambages, está lejos de Dios, como la tierra lo es del cielo; nosotros podemos añadir: como la materia lo es del espíritu. La divinidad es un concepto; Dios es el ser y es la vida. Ninguna definición de estos dos últimos términos, puede ser dada, porque su suma de ininteligibilidad humana resulta de una comparación entre ellos y la nada o la muerte.

Así, cada hombre, en su sed de saber, puede hacerse una idea, no de Dios inaccesible, sino de la divinidad, según la forma y la potencia de su entendimiento y él adhiere a esta noción trascendental con todas las fuerzas de su ser. La humanidad, en suma, tiene el Dios que ella merece, el Dios de su cultura y de sus deseos, y cada individuo, según su ascesis o su mediocridad intelectual, se forja, a cada minuto de su existencia, un Dios a su imagen, un Dios a su medida, porque no hay ateos, a pesar de todas las afirmaciones contrarias. Para los unos, Dios, es la naturaleza, matriz común de todas las cosas, campo cerrado donde se desarrollan las series fenomenales. Para otros, es la energía, alma de la masa, generatriz del movimiento y de la resistencia. Para ellos, son los principios universales y las leyes reguladoras del equilibrio cósmico. Algunos ignoran estas nociones mecánicas o dinámicas y las incorporan en una concepción más alta y más fecunda. Para ellos, Dios no es solamente el río vital torrencial, de bancos imprecisos, cuyas aguas, renovadas sin cesar, fluyen hacia el océano de la muerte; no es la energía ciega, la materia inerte o la ley imponderable. Ellos consideran las fórmulas matemáticas o cosmogónicas como la codificación humana de la actividad creadora. Su Dios es una hipótesis principal de la que ninguna ciencia puede dar la clave; ellos la revisten de todas las potencialidades energéticas, intelectuales y morales esparcidas por Él, Uno, en todas las manifestaciones diversificadas de su potencia. Él es la fuente, el pivote, el medio y el fin. La palabra del Arbusto Ardiente resuena en su pensamiento: "Yo soy aquel que es". Mas ellos se inclinan sin comprender; el contingente es una humareda frente al absoluto. Ellos sienten, en los repliegues de su conciencia cuya naturaleza es divina, y a veces llevada sobre las alas de una meditación en la cual las palabras no tienen ningún valor mas, ellos ven como les es dado ver, porque según la palabra de la Escritura: hay muchas moradas en la mansión del Padre.

Mas, para los unos como para los otros, en todo aquello se encuentra inevitablemente un antropomorfismo, al menos virtual, necesitado por nuestras facultades representativas y expresivas, lanzando un velo sobre la esencia intangible de Dios.

## **LA CARIDAD**

Si una palabra cubre una idea sublime, ella deviene, para el alma, un pan milagroso o un fermento de desagregación, según la traducción que ella se haga a ella misma.

La mas bella palabra del lenguaje humano es aquella de Caridad. San Pablo dijo: "Si mi fe pudiera transportar las montañas, yo no sería nada sin la Caridad".

¿Qué hombre conoce, sin embargo, el sentido profundo de la Caridad? La Caridad, es el amor, pero un amor vasto y profundo como un océano, sobre el cual no debe aventurarse sin guía y sin brújula.

El amor es la vía, la causa y el fin de todas nuestras aspiraciones, el principio mismo de nuestra actividad. Den a este principio su valor real, ustedes serán un hijo de Dios; traicionen su acepción verdadera, ustedes permanecerán en la rutina de la animalidad ancestral.

Amar según la caridad, es amar en la luz, porque el amor es la luz del alma. El amor verdadero es por lo tanto toda luz, él detesta las tinieblas. Porque, la luz es la verdad y las tinieblas son error y el error es el más grande de todos los males. Amar es entonces odiar el error y por lo tanto el mal. ¿Aquel que ama puede pactar con el mal del que sufre su amor? Jamás, él pone todo en obra para destruirlo. Y es aquí que interviene, como una piedra que obstaculiza, la transposición humana de nuestra pobre caridad.

Por toda evidencia, nosotros amamos el Bien o eso que nosotros concebimos como un bien, y nosotros odiamos el mal. Mas nuestro amor del Bien y nuestro odio del mal están distorsionados en su principio y en sus incidencias. En lugar de amar el Bien, nosotros nos apegamos a los bienes; en lugar de odiar el Mal, nosotros depositamos nuestro odio sobre los autores reales o supuestos de nuestros males. Y los individuos se dirigen contra los individuos, los pueblos contra los pueblos para conquistar riquezas o domar a los adversarios. Cuando debería ser la unanimidad humana contra la injusticia, la codicia, el egoísmo, contra la naturaleza rebelde a nuestras necesidades más legítimas, nosotros pensamos solamente en integrarnos, en reunir en nuestro ambiente la totalidad de eso que podemos abrazar. Nosotros amamos para nosotros, contra todos, en lugar de amar también para los otros y, si es necesario, contra nosotros. Y esta caridad, este amor, del que nos enorgullecemos, lanza en nosotros las raíces del odio y de la envidia. Ella abandona las cimas para hundirse en los abismos.

¿Por qué odiar a los hombres? Ellos pueden talvez estar en el error, ellos no son el error; si ellos hacen el mal, ellos no son el mal. Todo hombre, cualquiera que sea su actitud, permanece un espíritu incorporado en la materia, es uno de nuestros hermanos. Es el error y el mal en sí que es necesario destruir y detestar, pero es necesario amar a todos los hombres y aún, sin pactar con ellos y aprobar sus actos, los malvados. Porque, entre los malvados, muchos hacen el mal para procurarse un bien efímero, los otros porque ellos tienen una falsa concepción del Bien. La Caridad consiste precisamente en combatir las tendencias malvadas de los unos, iluminar a los otros, para conducir en fin la raza en la vía del verdadero Bien y de la única Luz.

Mas la Caridad, para nuestras almas desquiciadas, se ha convertido en un veneno mortal. Lejos de ser, en nuestras manos, el instrumento esencial de los constructores del templo, ella no es mas que un fermento de discordia.

Nosotros queremos imponer a los otros nuestra forma de amar o mas bien, nosotros queremos, sin reciprocidad, que ellos nos amen a nosotros mismos. Nuestra Caridad se resuelve en amor propio. Cuando pretendemos amar a los hombres, es a nosotros que nos amamos en ellos, nosotros, siempre nosotros. Y la palabra del apóstol, "Amaos los unos a los otros", no es mas que un sucedáneo de nuestro inextirpable egoísmo.

Porque, la Caridad no es eso. Ella es justa. Sin rigor; ella es misericordiosa, sin debilidad; ella es equitativa y por encima de todo altruista. Ella llega justo hasta la abnegación y al sacrificio, ella supera por cien codos la fraternidad, porque ella inmola sobre su altar, si es necesario, todos los instintos, todos los deseos, todas las satisfacciones legítimas, en holocausto a la gran luz del amor, al Bien Supremo, que existe para todos y no para uno solo.

## **LA HUMILDAD**

La humildad es raramente mostrada bajo su aspecto verdadero. Para el público esta palabra es sinónimo de disminución personal, de repliegue sobre sí mismo, llevando con él una noción de desconfianza hacia la personalidad humana. El hombre para ser humilde debe resignarse a perder toda iniciativa en sus actos y aún en sus pensamientos, ocultarse en la radiación de otro, por temor de comprometer su salud eterna.

Así concebida la humildad no es una virtud, es una tendencia puramente negativa, una pereza del cuerpo, del alma y del espíritu, un rechazo perpetuo de la responsabilidad, una especie de timidez querida y cultivada. Ella va al encuentro de su objetivo esencial: la conquista del reino de Dios; porque está escrito; "Violenti rapiunt illud"; se penetra en la beatitud por la violencia, por el esfuerzo sostenido. La palabra de Cristo confiere a la humildad un significado completamente distinto. Él exclamó un día: "Yo soy dulce y humilde de corazón"; no es propio de un Dios refugiarse en la pasividad. Él ha querido decir otra cosa; tratemos de levantar el velo de la humildad divina de la que la nuestra es una imagen debilitada.

Dios en su inmensidad es Uno; él se adhiere a la unidad de su ser con la toda potencia de su naturaleza íntima. Esta adhesión, es el amor; sin ningún adyuvante externo, él solo es suficiente para hacer tangible al Ser de seres su propia beatitud, porque la felicidad es armonía y el amor es el reposo en la armonía. Sin embargo él ha renunciado a esta felicidad interna y sin mezcla para crear al lado y fuera de él espíritus susceptibles de participar en su beatitud. Este renunciamiento, esta exteriorización del amor, esta fase inatendida de la Caridad, es la divina humildad. Dios en el secreto inviolable de su esencia es humilde hasta el infinito, porque ser humilde es olvidarse de sí mismo para pensar en los demás.

¿La humildad humana puede compararse a esta trascendencia? Sí y no. El hombre también es infinito por su ser, porque el ser no comporta una escala de existencia, él es o no es. Mas el hombre está limitado por su forma; su esencia comporta entonces un punto móvil ignorado de Dios. Por este punto él concibe su personalidad propia, por este punto su conciencia es un perpetuo devenir, una plenitud siempre perseguida y jamás alcanzada. Así nuestra humildad, en su forma, es bien idéntica a aquella de Dios, pero sus incidencias y su objeto son diferentes.

Para el concepto del devenir, en efecto, el hombre afirma su nada; él no puede, por lo menos, concebir otra cosa, porque su intelecto le rehúsa la percepción directa de su ser, fuera de sus potencialidades sucesivas. Él siente su forma negativa, su límite, es decir su individualidad; su persona positiva, su esencia radical es la ocasión de un acto de fe, de fe en el ser, de fe en Dios. Y la humildad interviene como contraparte de la confianza; es la separación de la forma divisible, negativa y perecedera, la adhesión a la unidad, en el seno de la cual la vida real florece, es la visión intuitiva de la contingencia humana.

La humildad no es entonces una virtud particular, ella no está catalogada ni en las virtudes teologales ni en las cardinales; consecuencia inmediata del tríptico: Fe-Esperanza-Caridad, una bajo tres aspectos como dios mismo, ella es simplemente el suelo en el cual crecen y se desarrollan todas nuestras otras virtudes, en razón directa de su profundidad.

Sin olvidarse de sí, sin el renunciamiento a todas las apariencias ilusorias de la individualidad, ninguna virtud es posible, y sin la virtud, nuestro ser está en disonancia irremediable con el mundo de las realidades.

La humildad extiende por todas partes su dominio. Ella es dulce, ella no opone jamás la cólera y el odio a las contradicciones y a la injusticia; ella es indulgente y soporta con paciencia las vejaciones; ella es desinteresada porque ella reconoce todos los méritos y se aplica a hacerlos resaltar, aún mismo en su propio detrimento; ella es generosa porque ella se ofrece sin medir la necesidad de sacrificarse; ella confiere al hombre la suprema libertad porque ella es fuerte en la adversidad y desprecia las contingencias de la nada material; ella es temperante y se abstiene de abrigar las satisfacciones efímeras de la vanidad; ella procura la paz y la serenidad en la felicidad, porque ella es la raíz de la flor del amor, y el amor porta en él su propia recompensa; ella se eleva, en fin, hasta la sabiduría y la santidad, manifestaciones de la unidad espiritual en el seno de la diversidad intelectual y física.

En una palabra, ella es la armonía de las facultades humanas; vinculado a su virtud específica, fundado en su substancia, ella constituye el metal básico, pero ella es también la mano que hace vibrar las siete cuerdas de la lira anímica al ritmo de la eternidad. Ella emana de la caridad y se opone al orgullo, esta flor venenosa del egoísmo. El orgullo, en efecto, toma, absorbe, se hincha desesperadamente de todos los estados de ánimo y la humildad se da; uno reporta todo a sí, el otro reporta todo a Dios.

Si la humildad es, en Dios, la fuente del Bien, de la Bondad y de la Misericordia, ella es, en el hombre, la matriz o germen de la vía espiritual; ella es amor, abnegación, devoción, ella es modestia y coraje, ella es un manto contra la tormenta de los instintos, de las pasiones y de los deseos, ella es el sello de la predestinación, porque ella es la forma, la distinción tomada por la Caridad y las otras virtudes que se desprenden para conducirnos al infinito y a la beatitud.

Seamos dulces y humildes de corazón como el sublime Nazareno.

## **LA FE, FACULTAD ESPIRITUAL**

La Fe no es solamente una virtud teologal, una certidumbre intelectual y moral de orden especulativo. Es también una luz viviente que se incorpora, de alguna manera, a la voluntad, y deviene una potencia espiritual, un dinamismo efectivo cuyas potencialidades se actualizan y repercuten en todos nuestros actos. Ella es una realización continua de la experiencia humana.

Esta fe dinámica es la palanca de las Escrituras y el punto de apoyo de Arquímedes. Aplicado en el eje de las leyes naturales, ella puede desencadenar bruscamente, reforzar su acción o desviar el curso para introducir en el ciclo normal de la creación visible las leyes superiores del mundo invisible. Ella puede curar las enfermedades, iluminar las inteligencias, fortificar las voluntades, eliminar los obstáculos, realizar milagros. Pero este es el menor lado de su potencia realizadora. Ella es el origen mismo de nuestra consciencia, ella nos da la certeza absoluta de nuestra realidad, ella es la raíz y el principio del "Cogito" de Descartes. Ella nos confirma entonces en una seguridad moral, intelectual y física de los que nuestros pensamientos y nuestros actos subsecuentes son la prueba y la consecuencia inmediata. Los fundamentos de la decisión por la cual nuestra personalidad toma su valor, asume sus responsabilidades, se eleva o desciende a un cierto nivel, su función de su dinamismo propio. En cada hombre la fe puede devenir un "Fiat" creador susceptible de proyectarlo hacia el plano divino y hacerlo co participante de los atributos de Dios. Porque, no contento de una auto-creación interna de la consciencia, ella es el soporte y el aguijón de la libertad cuya voluntad es el órgano; ella asegura el desarrollo y el uso en el cuadro de nuestro ser, pero empujando siempre más lejos el límite de sus posibilidades. Mónada esencialmente expansiva, ella se irradia, en efecto, en la nada para suscitar una creación análoga a aquella que ella ha realizado en nosotros; ella es el Mismo en la gestación del Otro.

Así, la fe no es una creencia tímida sacudida sin cesar por los eventos exteriores, siempre en busca de una consolidación problemática. Es una consciencia absoluta de las posibilidades interiores de nuestro ser y de sus reacciones victoriosas. Es una posesión anticipada del futuro, el yunque sobre el cual nosotros forjamos duramente nuestro porvenir, porque el hombre, a pesar de las contingencias individuales o colectivas, es el artesano de su propio destino; él la hace grande, mezquina o miserable, al ritmo de la fe de la que está animado.



En su unicidad sustancial, la fe reviste un triple aspecto: fe en Dios, fe en sí mismo, fe en el destino. Si nosotros perdemos la primera, nosotros perdemos también las otras, porque Dios es el pivote del Universo, y él es además un fin. Si el aspecto divino desaparece de nuestras facultades, no hay más soporte ni fin adecuado a nuestra esencia íntima. Ningún razonamiento, ningún pensamiento, ningún gesto podría colocarnos en presencia de un futuro suficiente para nuestras aspiraciones. Nosotros seremos lanzados de una orilla a otra del río vital listo a hundirse en el golfo de las contingencias.

Porque la fe no nace en la dispersión anímica e intelectual, ella reposa sobre la unicidad espiritual. Un hombre, un pueblo dividido contra él mismo, refractario a la unidad, perecerá en la desagregación de sus elementos. Al contrario, hecho cohesivo por la unificación de sus partes constitutivas, él vivirá en el tiempo y el espacio, porque él es confirmado en la seguridad interior, contra la cual las discordias exteriores quedan impotentes.

Colocad dos hombres en pugna, en la lucha por la vida, el triunfo pertenecerá al detentor de la fe más enérgica y mejor actualizada. Él es, en efecto, el mejor adaptado al fin real de la raza humana, porque esta adaptación resulta de la fe, parte integrante y centro de su yo.

La fe verdadera es poco común, los hombres se desvían, ellos prefieren la facilidad de las voluntades tambaleantes, la duda a la certidumbre y el imperio pasional a la pureza del corazón.

## **LA FE, CONFIANZA EN LA VERACIDAD DE DIOS**

El hombre, circunscripto por su cuerpo, se desespera de su límite como de su diversidad y él se enfrenta con el infinito y el absoluto, para darse a él mismo una explicación de su existencia transitoria, para darse, sino la certeza, por lo menos la ilusión de tener una base imperecedera. Desde el día en que la luz ha tomado un sentido para él, desde el día donde su consciencia se ha despertado, él es invadido por el temor incoercible de ver la cortina, un instante levantada, caer por siempre sobre el campo de su visión. Él construye pensamiento sobre pensamiento, deseo sobre deseo, acto sobre acto para sustraerse a la influencia de la muerte total. Como los Titanes antes, él quiere escalar el cielo y habitar fuera del tiempo y del espacio, en la beatitud eterna.

¿Cómo esperar este resultado? Colocar su esperanza en la perennidad de la raza, revivir en sus hijos, proclamar la eternidad de las leyes naturales y los retornos cíclicos, cuyos individuos son las cadenas fugitivas, no elimina la emoción delante de la puerta bruscamente abierta sobre el más allá del tiempo. Decir: entre el hombre y el absoluto, no hay una medida común, la marea de los fenómenos es una resultante de la que nosotros somos el soporte y en la muerte todo se disipa de un lado para renacer en el otro, una tal concepción no aporta ningún reposo, sino para la superficie de nuestro espíritu, perturbado en sus profundidades. Y la vía se desarrolla en una perpetua angustia, la angustia del devenir. Qué bien hay en dudar o negar, si la angustia persiste y se acrecienta. Es necesario creer, afirmar y proferir esta verdad sobrehumana: el individuo consciente es un absoluto en instancia de evolución, una esencia

siempre idéntica a ella misma, sobre una ruta infinita a la cual no se le puede alcanzar su final. Porque, una sola cosa puede conducirnos fuera de la vía dolorosa, remover el aguijón de la muerte, la Fe: la fe del carbonero, para el común de los mortales pegados en las necesidades de la existencia; la fe racional, porque sabe extraer de la diversidad fenomenal la relación esencial de lo contingente hacia lo absoluto.

La Fe, bajo todas sus formas, exclama con el Salmista: “De profundi clamavi ad te Domine”. Desde el seno del abismo, ella se lanza como un rayo luminoso hacia la bóveda celeste, llevando la queja de la criatura maleficiada, para cambiarla en canto de alegría. Las arenas movedizas de la materia querrían engullirla, ella se resiste a su succión, para instalarse sobre la roca inquebrantable de la palabra divina. Porque la fe, es la confianza acordada a la veracidad de Dios, “Fides una”, la fe es una, dijo el apóstol Pablo. La confianza, en efecto, se da toda entera y sin dilación, no se la mide según la norma humana; ella no implica ni más ni menos, ella es o no es. Aunque multipliquen los artículos de los credos, ustedes no aumentarán la fe; redúzcanlas a la unidad, ella no sufrirá ninguna disminución. La fe es infinita como su objeto, infinita también, porque para el hombre, limitado en su naturaleza, es infinito él mismo, sin tener consciencia, en su esencia espiritual, desde que él participa en la totalidad de la vida, en la totalidad del ser, por siempre indivisible.

Si la Fe es confianza en la veracidad de Dios, ella está personificada en el Logos. Por la fe, nosotros nos adherimos así al Verbo divino, considerado como la expresión de la única verdad, de la realidad absoluta, fuente de las realidades relativas. Nosotros renunciamos así de apoyarnos sobre nuestra luz humana para colgarnos a luz divina. Dar nuestra confianza a Dios, es multiplicar nuestra confianza en nosotros, reconocer el soporte irrompible de nuestra individualidad fugaz. Entonces nuestra angustia no es más el aguijón de la desesperación, ella hace lugar a la calma y nuestra duda a la certidumbre. La fe no es ciega, es la clara visión de la verdad, es el ojo de nuestro entendimiento abierto sobre un principio indiscernible a nuestros sentidos, extraño a nuestros análisis cuantitativos.

La fe, es el auxilio de la sabiduría; la ciencia es el paso infantil de la inteligencia en los meandros de la materia. Ciencia y fe tienen un objetivo preciso, seguro, necesario a nuestra evolución humana, pero sobre planos diferentes. Ellas no se contradicen, son dos actitudes de nuestra razón en presencia del ser y de sus modalidades; paralelas, ellas se confunden fuera del tiempo y del espacio, cuando el velo fenomenal haya dado lugar a la realidad esencial: la vida en su íntima substancia. La primera puede conquistarse mediante esfuerzos continuos, la segunda es un don gratuito, o, más bien, una forma intelectual innata de la que es necesario tomar consciencia con una agudeza creciente. Es el porqué decimos: “Auge nobis fidem”, Señor aumenta la consciencia de nuestra fe.

## **LA ORACION**

La verdadera, la única, la santa magia, es la Oración. La magia ceremonial pone, muy frecuentemente, la voluntad al servicio del orgullo. La oración, al

contrario, es una aspiración muy humilde de lo finito hacia lo Infinito. El orador se asemeja al desierto que quiere ser una pradera florecida. Él no exige, él suplica.

Mas el común de los hombres ignora todo de la oración. Para la abrumadora mayoría, orar es pronunciar con los labios, y algunas veces desde el corazón, palabras cuyo ardor corresponde a la violencia de los deseos, inclinarse en un templo o en un oratorio para solicitar, de un Dios antropomórfico a su antojo, presentes gratuitos únicamente materiales: la salud, la riqueza, el éxito o el amor. Nosotros oramos ahora como antes los Judíos deseosos de trocar el maná por las cebollas de Egipto.

Ciertamente, la oración por los bienes de este mundo es lícita. Dirigirse al Padre misericordioso, para pedirle mejorar nuestra miseria física, es un homenaje a su Toda Potencia. Pero nosotros olvidamos muy frecuentemente la palabra evangélica: "Buscad primero el reino de Dios y su Justicia y el resto les será dado por añadidura".

La oración no debe solamente tender a quebrar el círculo infernal del Destino, ella es más alta todavía y más noble. Es una elevación sobrehumana hacia el esplendor divino, también de rodillas; es el éxtasis indecible ante la Inefable Caridad.

Para orar así, es necesario el silencio en sí mismo. Rechazar todos los pensamientos malos o simplemente discordantes. Es necesario poner la sensibilidad, la inteligencia y la razón en el diapasón del espíritu, transpone el modo negativo para permitir al positivo divino realizarse en nosotros. Es necesario combatir la indiferencia y la frialdad, hacer de su ser un holocausto y lanzar, más allá del egoísmo humano, el llamado prodigioso del amor.

Entonces, la vía de la Beatitud se abre en su sublimidad. Dos corrientes se proyectan una hacia la otra. La primera, ascendente, incluye al hombre en el seno de Dios; la segunda, como un río celeste, desciende sobre la tierra para fecundar el alma en gestación de eternidad. Y el ser finito, esa nada, perdido en el océano del Ser sin límite y sin lugar, el ser finito es llevado justo a los confines del Absoluto. La misteriosa operación por la cual, una vez, el hijo de Dios se hizo el hijo del hombre se repite en sentido inverso. Toda distancia es abolida. La naturaleza humana transfigurada, en un abrazo incomprensible, abarca la voluntad de Dios, su justicia y su misericordia.

Cuando la oración llega sobre estas cimas, cuantas cosas terrestres parecen insignificantes! La palabra de Crisóstomo resplandece en su rigor: Vanidad de vanidades, todo es vanidad! La riqueza! Vanidad, Los honores! Vanidad, La potencia humana! Vanidad de vanidades, Todo se desvanece bajo el soplo inflamado del Paráclito; no hay más nada, salvo el inmenso horno viviente del amor:

Fons vivus, Ignis, Caritas.

Los santos solos pueden abismarse en este impulso místico, vecino de la Beatitud? Todo hombre de buena voluntad es capaz de lograrlo, si la paz está con él. Porque toda oración es santa cuando ella reposa sobre la fe y la esperanza, aún medidas según la norma humana, A pesar de la esterilidad y la ineficacia aparente, no se descorazonen, ustedes, los humildes de corazón y los pobres en espíritu. Si ustedes piden gracias temporales, no se asombren de no recibir nada. El reino de Cristo no es de este mundo, y sus deseos son poca cosa, comparados al don eterno que, sin su conocimiento, les es acordado.

Orad entonces, en las alturas del éxtasis, por vosotros mismos y por los demás; pero orad sobre todo por los demás, y ustedes recibirán la última visión de Dionisio el Areopagita. La víspera de su suplicio, él pensaba en su calabozo en la salud de la humanidad. Jesús vino a él para reconfortarlo y le dijo: "Si tú oras por otros, tú serás escuchado". Porque, si Dios centuplica la menor limosna hecha al pobre en su nombre, cómo pagará el fruto de tus oraciones? Por su Gloria.

## **PEQUEÑEZ Y GRANDEZA DEL HOMBRE**

"Por el espacio, el universo me contiene y me engulle; por el pensamiento, yo lo comprendo"

Así se expresa Pascal. Comparemos el doble sentido, claramente indicado, del verbo comprender.

El vasto mundo es un ser viviente cuyos límites son, para nosotros, inconcebibles. Los sistemas solares son los órganos de este ser desmesurado. Cada uno de ellos manifiesta un aspecto especial de la vida universal, una función mayor del ser cósmico. Se basa en ella su propio dinamismo, pero, por un justo retorno, él mantiene, multiplica y favorece su desarrollo total, porque el órgano es solidario del alma de la que es el instrumento, él vive en ella como ella vive para él. Porque, nosotros los hombres, somos imperceptibles células del órgano representado por nuestro sol, células cuya autonomía, para la ciencia experimental, es todo subjetiva. Nosotros somos un minúsculo contenido en un inmenso continente, un punto perdido en la masa que parece aplastarnos. Entre la nada y nosotros, no hay casi nada.

Y todavía esta nada es infinita: es el ser y la vida, es el pensamiento, es el amor, las tres formas de nuestra consciencia indivisible. Para la vía del ser nosotros somos evidentemente, a los ojos de la experiencia, ácaros frente a la inconmensurable naturaleza, pero, por el pensamiento, nosotros la desbordamos por todas partes y por el amor, nosotros la trascendemos.

En frente de nuestro pensamiento, el mundo no es más un sujeto, él deviene un objeto, el objeto de nuestro conocimiento. Nosotros lo comprendemos, nosotros lo aferramos en los repliegues de nuestro intelecto, nosotros lo incorporamos de alguna manera en nuestro yo, según la fórmula de Berkeley: no es el alma que está en el mundo, sino el mundo que está en el alma, y de este principal, de contenido nos volvemos continente. Sin duda, el filósofo inglés añadía a su frase una significación especial, pero ella no es menos

luminosa. Sin duda, nosotros no contenemos el mundo como un vaso contiene un líquido, porque se trata de una empresa intelectual cuyo resultado provoca un contacto de nuestra consciencia con lo real y desencadena en esta una potencia capaz de dominar lo real manifestado por el mundo fenomenal. Nuestra inteligencia, en efecto, es el ojo de nuestro espíritu que ella ilumina y pone aún a actuar eficientemente sobre el conjunto del Cosmos, como este actúa sobre nuestros elementos físicos. Al interior de nuestro yo, somos entonces constructores y edificamos un mundo a nuestro uso, regido por nuestra ley constitutiva. Esta última, cierto, no es idéntica a la ley orgánica del ser cósmico, pero ella le es análoga y por ella comprendemos en su fuente, en sus efectos y sus posibilidades, es decir, en su acción eterna, el conjunto del universo.

En otros términos, nosotros ultrapasamos los dones experimentales y construimos un mundo exterior con el reflejo de lo real, asociado a nuestra consciencia íntima, y este mundo está destinado a colmar la vida situada entre nosotros y la realidad, entre esta y Dios, porque él reposa sobre la eternidad de las leyes emanadas directamente del Creador.

Si el mundo nos domina, desde que somos una ínfima célula de su inmensidad, si él se ofrece a nosotros como una materia de nuestro pensamiento y nos permite realizarla, nosotros la dominamos más alto por nuestro poder de conocimiento y de utilización, porque él no sería nada sin nosotros, sino una vana fantasmagoría, inútil palabra articulada en un desierto, sin un eco para reflejarla y darle un sentido. Cada uno de nosotros posee una cierta iniciativa en el concierto fenomenal y esta iniciativa es la vía de una iniciación susceptible de revelarnos nuestra libertad espiritual.

Pero la ciencia es una simple aproximación al ideal, un puente lanzado entre lo conocido y lo desconocido, ella no destruye el aislamiento entre los seres capaces de decir "Yo o Yo". Al contrario, la conciencia de nuestra libertad espiritual en el seno del mundo exterior nos permite subir el último escalón y llegar hasta el amor. El amor es un sentimiento, pero es también un acto, el acto por el cual se engendra la unión y se revela la unidad. Por el amor, el hombre reabsorbe el abismo cavado por el egoísmo entre él y su raza, él actualiza la unidad escatológica del Cosmos, él se identifica con Dios él mismo, en el límite de su personalidad. Por el amor él domina la contingencia del Gran Todo, porque él se evade del irremediable determinismo espacial y temporal. El amor es la medida de la grandeza humana.

Según la sublimación de nuestro pensamiento, el mundo será pequeño y mezquino, feo y deforme, lugar de sufrimientos y accidentes, o bien este mundo será grande, bello, feliz y parafraseará la palabra de la Escritura: "Coeli enarrant gloriam dei", los cielos cantan la gloria de Dios. Según la debilidad o la fuerza de nuestro amor, seremos solitarios en el mundo y perdidos en su inmensidad, o bien nosotros lo consideraremos como un medio de comulgar, por su intermedio, con Dios, este Dios del que somos sus colaboradores y los émulos, si nuestro verbo personal se aplica sin cesar a buscar una más grande aproximación del verbo divino.

## LA MISION DEL DOLOR

Los miembros de una misma familia son solidarios del bien o del mal realizado por cada uno de ellos. Así sucede en una tribu, en el seno de una nación y en la humanidad toda entera. La repercusión de un solo acto pesa sobre el conjunto de la colectividad. Tal es la ley que liga a los hombres.

Cuando el bien se impone sobre el mal, la armonía y la paz reinan en la sociedad, cuando el mal predomina, es el desorden y este es la guerra. El Bien, en efecto, es un fermento de unión y de euforia; el mal, al contrario, introduce la división, no solamente en el individuo mismo, sino además entre los individuos y los pueblos. Porque, según la palabra evangélica, toda casa dividida contra sí misma debe perecer; este es el porqué la división es la fuente de todo dolor y es el porqué el sufrimiento es disolvente.

Si el bien no es superior al mal, el dolor se desencadena automáticamente para restablecer el equilibrio, porque este es una adquisición, la moneda por la cual se absorbe el déficit del balance espiritual. Pero, en este retorno al orden y a la armonía, los individuos a menudo son aplastados según el axioma, a primera vista inhumano: "Oportet unum pro omnibus mori", uno solo debe morir para todos. El inocente a veces sufre y muere, de ahí la duda atroz de ciertos pensadores sobre la justicia y la misericordia de Dios. En su desorden, ellos lo comparan al Moloch insaciable de Tiro y de Sidón, al Minotauro repleto de la carne de las vírgenes. Estos hombres meditan en superficie, la profundidad de las ideas les es desconocida.

El hombre, a su nacimiento, en su alma y su cuerpo, refleja la indefinida divisibilidad de la materia. Su unidad es fáctica, ella resulta de una amalgama de elementos irreductibles los unos a los otros. Petrificada en la diversidad, él lleva en sí mismo el germen del mal y no podrá aumentar hacia el bien sin operar la sublimación de sus elementos constitutivos. La mayor parte de los individuos son incapaces de comprender y de realizar esta ascesis, porque ellos siguen su propensión natural en lugar de responder. El mal asciende tan incansablemente, hasta el día donde el balance de la justicia está totalmente distorsionado. El sufrimiento, tal como ángel exterminador, aparece entonces bajo la forma más apta para cubrir la suma de fracasos. Mas el ángel del dolor no puede parecer ciego, él no discrimina sus víctimas según las leyes de nuestras pobres contingencias. El balance se equilibra por una elección cuya clave se nos escapa.

El hombre es libre de elegir su camino y Dios no interviene en la realización del mal. Él no interviene en la represión, él deja cumplirse la ley: "Relinquit mundum disputationibus eorum". Sólo la norma vital es el dios de la venganza, dios abstracto, anónimo, inexorable como la antigua Némesis. Debe pagar, uno por todos, todos por uno. La justicia es un rodillo de hierro, ella no deja subsistir ninguna aspereza a su paso. Como la iniquidad se ha generalizado, el dolor se expande en el seno de los individuos, en medio de los pueblos, nadie puede sustraerse, aunque sea inocente, tan rigurosa es la solidaridad.

Sin duda, para nuestro pequeño razonamiento humano, la inocencia debería ser un escudo contra el sufrimiento. La lógica de la vida es diferente de la lógica de los hombres. Un individuo paga por otro, la deuda está extinguida y la justicia inmanente está satisfecha. En nuestra ignorancia de las leyes trascendentales, nosotros las acusamos de jugar mal, y no sabemos nada o gran cosa de la reversibilidad. Por lo demás, ¿qué compensación será dada al liberador, voluntario o involuntario, del culpable? Aquí también, la oscuridad nos invade. No nos obstinemos en comparar la justicia y la equidad, no nos acomodemos sobre el suelo plano accesible a nuestros sentidos. El inocente, para nosotros injustamente golpeado, es, sin ninguna duda, un nuevo Cristo, un redentor desconocido cuyo nombre flamea entre las cohortes celestes. No solamente él compra con su sufrimiento el demérito ocasionado por el mal al cual él era extraño, sino que él realiza por su propia cuenta un balance positivo en la vía del bien. Por una parte, él manifiesta la solidaridad, por otra parte, él resuelve el vicio original de su nacimiento. Su dolor no es entonces una torsión a la justicia, es una consecuencia de su humanidad.

Inclinémonos sobre todos los seres doloridos, esforcémonos en aliviarlos en la medida de nuestros medios, pero no incriminemos a Dios en su sufrimiento, él nada tiene que ver con ello. Él no lo quiere y nada puede para aliviarlo sin nuestro concurso o aquel de nuestros hermanos humanos. Él es inherente a nuestra existencia espacial y temporal, de la que nosotros solos somos responsables, a pesar de las apariencias en contrario. Su misión es sagrada; ella es un fuego purificador, voluntariamente o forzados debemos sufrirlo para restituir nuestra naturaleza esencial a su fin primitivo.

## **PREDESTINADOS**

Todos los seres de una misma especie están constituidos sobre un solo arquetipo, con una esencia, cualidades y modalidades exactamente similares.

Así, todos los hombres tienen un espíritu, un alma y un cuerpo idénticos en su substancia particular y sus potencialidades. Todos ellos son llamados al mismo fin. ¿De dónde viene el pequeño número de elegidos? Porque la realización de sus posibilidades sigue vías divergentes, deseadas y queridas deliberadamente por cada individuo. Cada uno de nosotros, en efecto, participa, sea que lo admita o no, a la divina luz del libre arbitrio. Todos los hombres son bien semejantes en su unidad esencial y primordial, - raíz de la igualdad -, pero ellos devienen eso que ellos hacen de sí mismos por el empleo de sus potencias de realizaciones respectivas. Ellos están bajo la acción del centro volitivo; él las dirige según vías nacidas bajo el régimen de la libertad inviolable; de ahí la diversidad social, intelectual y espiritual, de ahí el bien (acuerdo con la norma, armonía con el plan de la creación) y el mal (desacuerdo con la ley, desarmonización evolutiva).

Porque, para Dios, todos los siglos de los siglos son como un día y recíprocamente. Del seno de la eternidad, donde la sucesión está excluida, él ve por lo tanto intuitivamente, como de un solo golpe de vista, el conjunto de la creación y su evolución desde el comienzo hasta el fin. Todo el problema de la predestinación, tan frecuentemente evocado sin ser resuelto, está arreglado

por esta visión divina. Desde el origen, Dios quiere el nacimiento, la vida entera y la muerte de cada hombre, su perdición o su salvación. Se puede decir, como el musulmán fatalista (no es una blasfemia, sino una adoración): "Mektoub", está escrito. Él no predestina la felicidad para unos, y la infelicidad para otros, su gracia santificante y eficacia planea sobre todos y ellos pueden captarle en una misma medida. Él no puede imponerla ni quiere rechazar a nadie, él debe respetar la libertad de acción de su criatura y él quiere a los cooperadores y a los disidentes. Él sabe entonces de toda eternidad cuales seres emanados de él se reintegrarán al mundo divino de la Unidad o se perderán irrevocablemente en el dolor de la dispersión. Así, no hay predestinados, criaturas privilegiadas creadas para la beatitud eterna con exclusión de las otras. Existe para todos la misma oportunidad y el mismo riesgo, todo depende para cada uno del uso de su propia libertad.

## **MORS ET VITA**

Al momento de su nacimiento, una criatura humana está dotada a penas de un vago instinto animal. Todo, para ella, se resume en sensaciones de bienestar o de sufrimiento. Si ella está satisfecha, ella sonrío; al menor atisbo de mal, ella llora y se lamenta. El mundo exterior no viene a ella sino a través de una niebla en el seno de la cual todo está confundido en un conjunto sin relieve.

Luego, un día, un rayo de sol; un velo se levanta, los individuos se destacan sobre el fondo de la bruma, la conciencia sale de su matriz y deviene una realidad. El niño se distingue de su atmósfera, él comienza a vibrar con su entorno inmediato, es un hombre en vías de evolución. Él crece poco a poco y su horizonte se agranda. Él toma contacto con su medio, de espectador se convierte en actor. Él almacena experiencia, aquella del momento presente, y, por la historia, aquella de los siglos pasados. Porque, esta última, que se puede creer muerta o al menos completamente cristalizada, lleva en sí misma un fermento de inmortalidad, es el germen del futuro. En la aurora de su vida, intoxicado por ese sutil néctar, el hombre se vuelve entonces hacia el futuro. El horizonte impreciso, adornado con toda la belleza del devenir en gestación, le aparece como un campo indefinido de luz, puntuado por sensaciones novedosas. El sol marcha hacia el Zenit, el tiempo rápido transcurre todavía lentamente, el pasado individual está tan próximo!

Mas la vida transcurre al ritmo del tiempo matemático; la adolescencia y la juventud dan lugar a la edad madura. Los obstáculos se multiplican con los deberes. El horizonte lejano se retrae y deviene un calabozo donde el hombre se ve acosado con los horrores de la asfixia. El tiempo acelera su marcha, transcurre ahora con una rapidez vertiginosa, siguiendo la cadencia sicológica, y la angustia indecible penetra el alma humana con el pensamiento de la muerte inevitable y cada día es contado.

El gusano roedor está en el fruto, él lo agotará hasta la cáscara si nada viene a interrumpir su trabajo de destrucción. Qué desilusión para la mayoría de los hombres. Y qué! La vida, ese dinamismo siempre tendido hacia la acción, ¿puede entonces dar lugar al colapso pasivo de la muerte? La noche total va a suceder a la luz ardiente. ¡El fin! No ver mas, no escuchar mas, no pensar mas,



no moverse mas. El silencio y la sombra; el silencio sin posibilidad de eco, la sombra sin esperanza de una nueva luz, la inmovilidad absoluta de la tumba, la Nada! El hombre sobre la pendiente, el anciano, ha recibido en su mano ya temblante, el cáliz de la amargura; la embriagadora ambrosía ha dado lugar a la balanza del Gólgota. El espectro de la muerta está allí, presto a sujetarlo en sus garras de rapaz nocturno.

¿Por qué tiembles tú, ignorante y temeroso? ¿Por qué obstinarte en contemplar el mundo exterior, para seguir la ilusoria evolución de las series fenomenales a través del espacio y el tiempo? Desciende en ti mismo, abre los ojos de tu espíritu al sol invisible del que nuestro sol no es sino una imagen deformada. Una fe inquebrantable, apoyada con una inmensa esperanza, te iluminará de repente en el seno de la caridad universal. Y la muerte no será mas para ti sino un túnel oscuro, un pasaje penoso y corto al fin del cual se abre el inmutable horizonte de la Eternidad.

### **MAS DE UN ADEPTO SE ELEVA...**

Mas un adepto se eleva en la ciencia sagrada, mas se aproxima a la Luz, menos su individualidad humana tiene lugar. Su conciencia ordinaria, aquella que lo hace una unidad entre los hombres, se desvanece; ella es dominada por una conciencia más alta, de naturaleza completamente espiritual. La máscara hominal desaparece ante una entidad superior. Ella no se distingue mas por una forma particular, por necesidades o instintos, sino por sus ideas, es decir, por su contenido cualitativo y por su modo de acción.

\*\*\*\*\*

Los seres en posesión de su conciencia espiritual, tal como los seres materiales se agrupan según sus afinidades especiales, se reagrupan sobre un plano determinado por sus tendencias y forman Fraternidades. En estas fraternidades, cada uno de ellos sería indiscernible en relación a los otros, si él no estuviera caracterizado por una potencialidad personal. Ellos forman entonces entidades distintas, en el seno de una armonía cuyas disonancias, fundadas en un motivo único, constituyen, de alguna manera, frente al absoluto, un coeficiente especial de absorción, de resonancia, y de radiación.

\*\*\*\*\*

En este estado, las entidades espirituales se han evadido del egoísmo primitivo. Ellas han ultrapasado el ciclo puramente material y el ciclo intelectual, para establecerse sobre el plano común que hace comunicar el mundo visible con su Creador. Relacionadas por un lado con la humanidad y por el otro con Dios, ellas reciben una misión apostólica y mediadora, aquella de conducir la masa hacia su fin último, por la Gnosis conjugada con la Caridad.

Ellas han, en efecto, llegado a esta etapa sublime de la Mística: la deificación del Areopagita, es decir, la Santidad. La santidad es el resultado necesario de la iniciación y del iluminismo.

\*\*\*\*\*

La mayor parte de los hombres hacen de la "santidad" un sinónimo de ascetismo corporal. Esto es un error. El ascetismo espiritual es el más alto grado de la santidad; él implica, antes de toda cosa, el esplendor del pensamiento, sin ningún desprecio por los esplendores de la materia. Al contrario, él eleva y purifica estas, porque él ve en ellas el reflejo del Esplendor Divino...

## **NE JUDICES**

En ese tiempo entonces, Jesús de Nazaret predicaba en el Templo, y él decía: "El Padre no juzga a nadie, sino que él ha puesto todos los juicios al Hijo". (Juan, V, 22) Ninguno de los que lo escucharon comprendieron estas palabras.

Para entenderla en toda su amplitud, es necesario ir al fondo de las cosas. Todo juicio se enuncia por un verbo, y el Hijo es el Verbo de Dios; he allí por qué él juzga, con exclusión de todos los otros. Porque, los pensamientos de Dios son verdaderos, porque ellos son la expresión de su ser manifestado. El Verbo de Dios es entonces la Verdad y él juzga únicamente según la verdad, la justicia y la equidad.

El hombre también quiere juzgar, él es, a su manera, un verbo. Espejo contingente en el cual se refleja el Logos increado, él posee, en efecto, una cierta potencia de juzgamiento. Pero esta está viciada en su base; espejo humano, ella recoge sobre todo las ilusiones de los sentidos y los errores de la materia. Así, nuestro juicio, lejos de reposar sobre una certeza verídica, registra primero las impresiones fugitivas de las que nosotros somos el juguete. Estas mismas impresiones son todavía deformadas por nuestro egoísmo, nuestros instintos y nuestros deseos del momento; así, nuestras apreciaciones son, la mayor parte del tiempo, contaminadas de parcialidad.

Cuidémonos de nuestros juicios; antes de enunciarlos, sometámoslos siempre a la ley de la caridad que procede del Padre y del Hijo. ¡Cómo olvidamos nosotros, esta ley esencial! Si, a veces, nuestro verbo se aplica a proclamar la verdad, en la circunspección inherente a nuestra debilidad, con mucha frecuencia nosotros lo utilizamos, con autoridad, en la vía decepcionante del juicio temerario. Todavía, Jesús nos advierte: "con la medida que medís, os medirán otros, y será añadido á vosotros los que oís". (Marcos, IV,24) Esto es decir, si tú juzgas con mansedumbre, se te juzgará con misericordia y con reserva; pero si tú juzgas con precipitación, sin preocuparte de tus errores humanos, tú serás abrumado ciento por uno, según la regla material de la justicia distributiva.

¿Por qué queremos juzgar siempre a nuestros hermanos según las ideas del día, nuestras concepciones particulares y nuestro interés personal? El Hijo, él, puede juzgar, el Padre le ha dado la medida de la verdad. Pero nosotros, los hijos pródigos de la sabiduría eterna, en un movimiento de orgullo, tenemos que sustituirlo por ella, para portar juicios irreformables, en las tinieblas de nuestra inteligencia. Nos exponemos a ver así nuestra ignorancia sernos imputada como un crimen de lesa verdad, si no desde

aquí abajo, por lo menos el día cuando las almas serán pesadas en la balanza de la Justicia.

Antes de juzgar los actos de nuestro hermano, descendamos en nosotros mismos. ¿Cómo haríamos en su lugar? Mucho peor, sin duda. ¿Por qué, entonces, arriesgar nuestro desdén o ponerlo, por nuestras palabras, en el estigma de la opinión? ¿Nuestro camino es bueno y el suyo es malo? Dios lo sabe. Su inteligencia, puede ser, y su corazón vuelto hacia otros horizontes, le hacen concebir el bien y el mal, bajo una forma desconocida nuestra, en el momento en que nosotros nos apuramos en condenarlo. Esta es la razón, si es el caso donde la ley universal abiertamente violada, la verdad burlada y la justicia abolida, en que hay que denunciar el error y arrancar las armas de las manos criminales, evitando erigir nuestra conciencia en tribunal soberano.

¿La caridad es cómplice del mal cuando ella nos lleva a suspender nuestros juicios? No, bajo el velo con que ella recubre las faltas de otros, ella infunde la levadura de la regeneración. El Cristo nos ha mostrado la vía, él vino a confirmar a los justos y salvar a los pecadores. Si nuestro hermano se ha desviado, el juez justo, un día, nos juzgará, porque el juicio como la venganza le pertenecen.

Y la misericordia, durante la rendición de cuentas, vendrá a equilibrar los pesos de nuestros errores y de nuestras faltas. *Ne judices et non judicaberis.*

## **MOISÉS, QUÍTATE TU CALZADO...**

“Moisés, quítate tu calzado, porque este lugar es sagrado”.

Así habló Javeh en la zarza de Horeb, cuando el Profeta, exilado de la tierra de Egipto, fue al desierto, a buscar el camino del pueblo elegido.

Hombres, si ustedes quieren franquear el umbral del templo de la Sabiduría, para conquistar vuestra personalidad verdadera, y elevarse hasta Dios, ustedes también, quítense su calzado.

Dejad en el atrio, por temor de molestar los ecos de la divina Palabra y ensuciar el pavimento del santuario con el barro de los caminos.

Depositad, al entrar, el peso de vuestras preocupaciones profanas, de vuestros deseos carnales y egoístas, de vuestros pensamientos humanos.

Entrad, vestidos solamente con la túnica de la fe; colocad sobre vuestras espaldas el manto de la humildad; tended vuestros corazones hacia la esperanza y el fuego viviente de la caridad vendrá a envolverlos con su tejido sutil e impoluto.

Arrodillaos en la línea infranqueable del Santo de los Santos e inclinad la frente para recibir la luz interior, del cual la zarza ardiente no era mas que el símbolo.

Entonces, la visión de las supremas Realidades se desarrollará ante vuestros ojos. Mirad y escuchad:

La Verdad es una, eterna, infinita, fuera de nuestro alcance en su totalidad actualizada. Sed entonces tolerantes y respetuosos de la opinión de los demás.

La Libertad no consiste en hacer o no hacer, ella reside en la conformidad con los canales de Dios. No juzgues temerariamente los actos de vuestro prójimo según la norma humana.

La Igualdad no es ese metro uniforme que nivela todos los seres en la mediocridad, ella se expande en el ritmo de los valores jerárquicos espirituales. Sed misericordiosos con vuestros hermanos que permanecen sobre los escalones del templo, tendedles vuestra mano para llevarlos hasta vosotros.

La Fraternidad no reside en una sensiblería humanitaria inclinada a excusar todas las debilidades, ella comprende un amor fuerte y valeroso que sostiene, corrige y reconforta. Amaos los unos a los otros y reformad mutuamente vuestras tendencias malvadas.

La Justicia es la base de todas las virtudes, cuando su rigor inflexible es temperado por la Bondad y el perdón de las injurias, que son la esencia misma de la Caridad. Sed intransigentes con vosotros mismos, pero olvidad los embustes sembrados sobre vuestra ruta por vuestros hermanos perdidos.

Mirad todavía! La radiación del divino Logos, Todo Poderoso organizador de los mundos, Sublime Pastor que da su vida por sus rebaños, viene a vosotros en el esplendor del Thabor. Escuchad siempre! En vuestra conciencia magnificada, el coro de los Ángeles canta, como una vez en Belén de Judea: *Pax hominibus bonoe voluntatis*. Y de vuestros labios surge la respuesta de la adoración humana: *Gloria in excelsis Deo*.

## **TERRENO DE ENTENDIMIENTO**

Una sola verdad existe, que reside en la síntesis de todas las tradiciones particulares. Ellas, en efecto, tienen una misma fuente y están diversificadas bajo el influjo de las condiciones intelectuales o climatéricas y de las leyes de la herencia.

La libertad de pensamiento y la libertad de conciencia son las bases necesarias del desenvolvimiento espiritual. En consecuencia, ninguna

enseñanza dogmática puede servir de regla general. Solo la Verdad bajo su aspecto universal puede exigir el asentimiento unánime. Los dogmas, muy frecuentemente, dividen la verdad, pero el sol pone en comunión todos los ojos sanos en una misma visión. En un esquema susceptible de servir de cuadro específico al pensamiento esotérico humano, se pueden enunciar las proposiciones siguientes:

Ser- Realidad- Absoluto- Dios- Espíritu, son una sola y misma cosa. Estos son conceptos que recubren una misma esencia.

Dios es uno en su esencia y múltiple en sus manifestaciones. De él, no se puede decir nada sino por analogía. Él está por encima de todos los conceptos, de todas las representaciones; él es trascendente para cada una de sus manifestaciones externas como en su conjunto.

Las manifestaciones externas de Dios constituyen el dominio de la Ciencia y de la Filosofía. Pero ellas, fuera de los datos de la experiencia, no pueden imponer una interpretación única. Cada hombre puede elegir el sendero de sus tendencias particulares, provisto que este sendero sea en el orden de la Verdad.

La religión es del dominio de la conciencia. Cada uno puede, conformándose a los principios universales, concebirla y practicarla bajo su ángulo personal.

Ningún rito es universal, es decir esencial. Cada rito es un medio de ascesis, una vía hacia la iluminación, porque es necesario un rito, es decir un vehículo, para obligar a la inteligencia a la disciplina del pensamiento. El valor de un rito se reconoce por sus resultados; cuando él conduce por la vía recta, él puede ser considerado como bueno, no obstante sus modalidades.

Los ritos están constituidos por ceremonias simbólicas. Pero los símbolos no son la Verdad, ellos le sirven de velo y ellos pertenecen a todos. Ellos son ideogramas que recubren una substancia extensible; cada uno puede concebirla bajo el ángulo de su pensamiento respetando el signo en su esencia.

Para descubrir la verdad bajo el velo de los símbolos, es necesario la Fe y la Meditación.

Sin la Fe, la duda se insinúa en la inteligencia, y la duda es el descorazonamiento, el escepticismo, la puerta abierta al error.

Sin la Meditación, la inteligencia se detiene en la corteza fenomenal y no toma la esencia real, la espiritualidad de los seres.

La Meditación no se apoya solamente sobre el razonamiento inductivo y deductivo, ella hace un llamado a la intuición, esta facultad esencial que es

para el espíritu lo que el sentimiento es para el alma y la evidencia para la razón. La intuición, para la Fe, es un corazón y un cerebro, porque la Fe no es simple credulidad o creencia rígida para lo incognoscible, es una actitud más flexible y lógica que la adhesión científica, pero sobre otro plano, los datos intuitivos no tienen ninguna relación con los datos experimentales.

Por la Meditación, la inteligencia se eleva de la individualidad transitoria a la personalidad universal. El individuo, en efecto, se resuelve en el espacio y el tiempo, pero la persona espiritual se prolonga en modo trascendental. El individuo es el receptáculo de las pasiones basadas sobre el egoísmo y es también el Devenir. La persona es el receptáculo de la esencia, y como ella, es inmutable; su vida no fluye, ella se amplifica y se multiplica por el juego de su actividad interna.

El individuo no asimila, él se rodea de un mundo fenomenal, creado a su imagen, como de una coraza de malezas. La persona, al contrario, rechaza toda contingencia exterior e irradia su propia substancia en armonía con el ser universal. El individuo se deleita en la objetividad del mundo exterior del cual es el un diente de rueda solidario. La personalidad va más lejos, ella se eleva al concepto de subjetividad que hace de ella un centro de realización autónomo, susceptible de proseguir, sobre su plano específico, la obra de Dios. Ella rechaza entonces toda relación irrompible con la sangre, la raza o la tierra; ella manifiesta su trascendencia identificándose con el Espíritu. Ella se deifica, de alguna manera, estableciendo entre ella y el absoluto un equilibrio relativo, pero independiente de las circunstancias de tiempo, lugar y de oportunidad.

## **EVOLUCIÓN DE LA GNOSIS**

Dios ha dado al hombre la inteligencia, es decir la inteligencia, es decir la facultad de comprender, de analizar y de sintetizar, pero él no le ha dado la ciencia. Para llegar a la ciencia, es necesario poner la voluntad al servicio del intelecto, es necesario conquistar la verdad por un esfuerzo personal.

Esta es la razón por la que la palabra de Dios se percibe por etapas; a primera vista, en su sentido inmediatamente inteligible, ella contiene la única verdad susceptible de ser asida por los hombres más instruidos de la época en que ella se manifiesta. Jesús, el portador de la palabra de Dios, ha hablado muy frecuentemente en parábolas para ponerse a la altura de sus oyentes. A sus apóstoles, él ha hablado de otra manera y tenemos un débil eco en el evangelio de Juan. Él les ha dicho: “Yo tengo muchas cosas más para anunciarles, pero ustedes no sabrían comprenderlas ahora. Cuando el Espíritu de la Verdad haya venido, él los guiará”.

El Espíritu de verdad ha llegado en diversas veces. Él ha llegado al Cenáculo y los apóstoles han aprendido a clamar sobre los techos la verdad del momento. Él llegó sobre la ruta de Damasco y Pablo fue iluminado para escribir sus epístolas. Él llegó para influenciar los genios creadores de la

ciencia. En cada uno de sus descensos en el mundo, nosotros hemos comprendido la verdad bajo un ángulo nuevo y siempre más grande. El sentido de las escrituras ha despojado muchos de sus velos. Restan todavía para levantar; ellos caerán uno a uno cuando nuestro ojo esté armonizado con una luz más grande. Así se creó la Gnosis, paso a paso, bajo el influjo del Espíritu que eligió sus profetas entre los hombres cuya voluntad supo quebrar los obstáculos.

## **EL TIEMPO**

La ciencia, después de la filosofía, consiente en proclamar este principio: la sucesión sola hace al tiempo sensible. Para ambas, por consecuencia, la sucesión es la esencia inteligible del tiempo. En apariencia al menos ellas tienen razón, y el hombre, cuya vida física, intelectual y moral es un perpetuo torrente, aprecia el tiempo más y mejor que todos los seres creados, siendo un atañor de incesantes transformaciones, objeto de una conciencia a veces terriblemente aguda.

La vida física del ser humano transcurre, en efecto, según un ritmo inevitable y sin retorno. Su vida anímica está cadenciada por las necesidades periódicas y las pasiones renacientes inmediatamente saciadas. Esto es común por lo demás con el conjunto de la creación. Pero su vida intelectual y moral sitúa el tiempo en el individuo interior, ella lo precipita o lo retarda por el pensamiento; por la memoria y la imaginación ella religa el presente al pasado o al porvenir, ella hace un todo coherente, considerado bajo el ángulo de la realidad a la cual sirve de marco y de trama: marco móvil, trama a cada instante creada por el devenir psicológico.

Nosotros estamos aquí en presencia de dos tipos de tiempo cuya soldadura imaginaria o real escapa al análisis superficial. Y todavía el tiempo humano, aquel del que nosotros somos la víctima o el amo, el tiempo interior es función de estos diversos elementos. Él sigue una curva en la que cada punto es, de cualquier manera, un diferencial, porque él es para nosotros el testigo de la sucesión fenomenal y el testigo de nuestros estados del alma. Estos dos movimientos se equilibran por una velocidad inversa: más rápida es una más débil es la otra. En la vida física, el niño mide el tiempo con una extrema rapidez porque él se precipita hacia su juventud y su edad madura. El adulto se estaciona visiblemente y el anciano claudica hasta el agotamiento final. La vida instintiva y pasional sigue un ritmo análogo diferenciado por las posibilidades de la primera. En la vida intelectual y moral el tiempo acentúa progresivamente su rapidez. En el niño este es lento; para él, una idea es un mundo, un gesto es un trabajo de Hércules, él mira delante suyo y el tiempo es una inmensidad, falto de puntos de referencia; los días son maravillas que hacen a los años largos como los siglos. El hombre maduro está lejos ya sobre la ruta de la vida; cada paso desde su adolescencia ha sido marcado por una pasión, por una idea, por un acto; él mira detrás de él, pesa y compara; el tiempo se fuga como un sueño, los años como meses. El anciano está en el perihelio de la curva, el

movimiento de la vida física es por así decir aniquilado, su memoria le trae todo el pasado, su imaginación no es más sostenida por la inmensidad del futuro y su voluntad no es más un soporte en el mundo exterior; el tiempo huye a la cadencia de un ciclón, y apenas el año está hecho de una tarde y una mañana.

¿De qué está hecho el tiempo interior? De la intensidad de la vida. El niño vive intensivamente, para él el tiempo es largo. El anciano vive a cuenta gotas, el tiempo fluye entre sus manos como un río cuya rapidez se acrecienta como este desciende de las cimas hacia el golfo eterno.

Entre el tiempo exterior, sucesión de fenómenos naturales, y el tiempo interior, sucesión de nuestros estados del alma, debe, como nosotros lo hemos dejado entrever, establecerse una interpenetración susceptible de hacerlos solidarios. El punto de reencuentro y de fusión, es el esfuerzo humano, es decir la actualización de nuestras potencialidades expansivas. Sin este soporte generador, el tiempo cósmico sería ininteligible y por lo tanto inexistente. El tiempo humano es entonces la matriz del tiempo exterior. Pero este es un reflejo, una cantidad matemática inexorable en su ritmo uniforme, su sola realidad está fuera de él. El primero, al contrario, es alguna cosa viviente que se afirma, se ralentiza o se acelera según nuestras sensaciones, nuestros deseos y nuestros pensamientos, según la tensión o el relajamiento de nuestra actividad personal. El tiempo exterior es una diversidad discontinua siempre idéntica a ella misma, sin contenido específico, cuyo pasado está muerto, el futuro es incierto y el presente difícil. El tiempo interior es una realidad acusada por la conciencia, es un presente perpetuo, síntesis estabilizada del pasado, y un dinamismo creador del futuro.

Para ambos el tema de la duración aparece idéntico en la superficie, pero en la profundidad, uno es un flujo, se nos escapa sin cesar como la arena caída de un arenero; el otro hace, por decir así, parte de nuestro yo, es la agudeza misma de nuestra conciencia; en su fugacidad aparente, él se acumula en nuestra memoria, se vitaliza en nuestra imaginación creadora, es el cimiento de nuestros actos y el vehículo de nuestra evolución. Si nosotros tomamos conciencia del tiempo interior, no más las contingencias terrestres, no más el tiempo exterior podrá alcanzarnos, nosotros seremos entonces transportados sobre el plano de la eternidad.

## **FILOSOFÍA Y RELIGIÓN**

Según Schopenhauer, el hombre es un animal metafísico; para otros, es un animal religioso. Estas dos definiciones parecen contradictorias porque el mismo Schopenhauer escribió: "Ningún hombre religioso es filósofo y ningún filósofo es religioso". Los argumentos sobre los cuales está basada esta afirmación son tal vez especiosos. El religioso, dice él, no tiene necesidad de filosofía porque la religión, para él, debe contenerlo todo; en cuanto al filósofo, él rechaza la religión porque él ha liberado su acción de



todas las ligazones del dogma y de la fe. Para el pensador, el problema es completamente otro. La filosofía aparece como el vestíbulo de la religión y esta, esclarecida y verdadera, reclama imperiosamente una filosofía; en otros términos, la religión es la trascendencia de la filosofía.

Muchos se abusan de esta trascendencia para proclamar un abismo absoluto entre las dos y por consecuencia su incompatibilidad. No hay un corte neto entre una y la otra, sino solamente una zona de inestabilidad relativa, provocada por nuestros medios de investigación; así entre el espíritu y la materia, no hay solución de continuidad, la segunda siendo una necesaria manifestación del primero en el estado actual de nuestras facultades representativas.

El error humano proviene de una confusión. Hay, en efecto, dos aspectos religiosos: uno se apoya en el tiempo, el otro en la eternidad; aquel se incorpora en la colectividad, este en la conciencia hipostática individual; en consecuencia, el primero es la letra y el segundo el espíritu. Hay una luz exterior cuya apariencia es muy frecuentemente extraña a la realidad; ella nos aporta la coerción con el horror de no reflejarla en su pureza original; entre ella y nosotros hay un abismo expresado por el dualismo.

Hay una luz interna, parte integrante de nuestra propia esencia; nosotros no podemos percibirla sin reducir la pantalla del mundo exterior tendido entre ella y nuestro entendimiento por la actividad sensorial, sin un duro esfuerzo de introspección. Ella nos aporta la libertad con la felicidad; ella y nosotros no somos mas que uno con Dios, como lo quería Plotino. Es necesario encontrar este Dios interno y no buscar el Dios externo, objeto de culto colectivo y temporal. Así la religión es un estado de conciencia y no un acto cultural o la manifestación de un pensamiento. Ella es inseparable de nuestros pensamientos y determina ciertos actos, pero ella implica el amor del que nuestra inteligencia es la hierofanía, en virtud de la unidad fundamental de nuestro ser.

Aquí aparece entonces la evidente relación de la filosofía y de la religión. La primera forja el verbo humano, la segunda lo transforma, lo eleva y lo conecta al Verbo universal. Se puede ser religioso sin nutrirse de quintaesencias filosóficas, pero todo filósofo verdadero tiende necesariamente hacia la religión, complementaria de la filosofía. Porque el verdadero Dios es aquel del conocimiento, magnificado por el amor y revelado por la conciencia intuitiva.

\*\*\*\*\*FIN DE LA OBRA\*\*\*\*\*